



CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA.

Es propiedad.

PROPAGANDA CATÓLICA

por D. Félix Sardá y Salvany, Pbro.

Los ocho tomos de esta importante obra que con tanta aceptación viene publicándose, contienen las materias siguientes:

El tomo I, Los cien opúsculos de la *Biblioteca ligera*; el II, Opúsculos varios; el III, Un año sacro, ó lecturas y ejercicios para las principales festividades del Calendario cristiano; el IV, Más opúsculos; el V, Artículos

R. 3531 144

12
6550

¿ROMERIAS? ¿QUÉ SE SACA DE ESO?

TENGO un amigo, que me lo es de veras y de todo corazón: honrado, leal, cristiano; que va á Misa los días de precepto y aun muchos de los de labor, y que, sin embargo, disiente de mí en más de un punto en que le quisiera yo menos acorde con nuestros comunes enemigos. ¡Caso por desdicha frequentísimo! Hanlé echado á perder, como á tantos, algo del natural buen sentido las lecturas amfibias y equilibristas y conciliadorescas, que son su comidilla habitual. Y le han in-

fundido éstas tan vivo horror á todo lo enérgico y decidido y radical en materia de procedimientos religiosos, que, francamente, al oír en ocasiones su lenguaje, hubiera yo llegado á poner en duda hasta la misma ortodoxia de sus creencias, si ya por suerte no se las tuviese muy á fondo conocidas.

Ahí me le encontré hace unos días, precisamente al regresar yo, con otros, de aquella gran peregrinación catalana al santuario de San Francisco de Asís, que tanto dió que hablar y que pasará de fijo á la historia como una de nuestras más memorables acciones de guerra.

—¿Con qué se vuelve ya, me dijo sonriendo, de la gran campaña ultramontana, señor peregrino?

—Sí, amigo mío, y siento no hayas sido tú uno de su más fervorosos soldados. Valía la pena, á fe.

—¿De suerte que salió brillante la función?

—Magnífica por todos conceptos. Por el gentío, asombrosa; por el orden, admirable; por el fervor, edificantísima. Más de treinta y cinco mil peregrinos hormigueaban en la vasta llanura que rodea la ermita de San Francesch. Espectáculo hermosísimo, y con el cual hay pocos, amigo mío, que se puedan comparar.

—No voy á disputar ese último extremo, que realmente fuera no tener corazón, ó tenerlo de corcho, no comprender lo grandioso de ciertas escenas. Pero, amigo mío, la propaganda católica necesita más de resultados prácticos que de grandes espectáculos. Y no juzgo que por lo primero pueda ser tan recomendable, como realmente lo es por lo segundo, vuestra grandiosa fiesta popular. Obras, obras: he-

chos, hechos: esto más que aparatosas manifestaciones de cantos y banderas parece reclamar el arduo combate de hoy.

—¡Valgame Dios! y ¡qué positivista estás hoy, amigo mío, y qué práctico y qué inglés y qué frío y qué calculador! Me alegro, no obstante, se te haya ocurrido manifestarme con tanta franqueza tus escrúpulos, porque de veras anhelaba ocasión de despacharme á mi gusto cualquier día sobre este asunto. Vaya, entremos en él sin más preámbulos. ¿Con qué te parece que no son de resultado alguno para la Religión actos como el memorable que acabamos de realizar?

—Exactamente. Espectáculo son y música y nada más.

—Óyeme, pues: estás en una lamentable preocupación, y si me apuras te diré que estás (salva la buena fe) de patas en la herejía.

—¡Sopla! ¿Es caso de Inquisición?

—Ni más ni menos. Y escúchame sin bromas ni aspavientos, que el asunto tiene más miga de lo que te pudiste á primera vista figurar. ¿Crees en la divina verdad de las promesas hechas á la oración?

—No fuera católico si no la creyese.

—¿A qué se va, pues, á la romería? ¿Simplemente á formar como en parada de día de gala, que consiste en estarse allí el leal soldado cuatro ó seis horas de plantón, y presentar el fusil en gallardo ademán y batir marcha cuando pasa el jefe superior? No por cierto; sino á rezar, á comulgar, á oír Misa, á ofrecer á Dios la mortificación del cuerpo y del alma, y hasta á aceptar en honra suya algún porrazo ó pedrada ó bochorno, si algo reparte de eso por allí alguna comisión de Satanás, que para gloria nuestra nunca

suele faltar. ¿Es cierto ó no es cierto que esto se ha hecho siempre en *nuestras* romerías, y que esto se ha hecho en la última como en todas las *nuestras*, y que esto se hará siempre en todas las *nuestras*, y que por los *nuestros*, es decir, por los buenos católicos se hagan?

—Cierto es, y no se puede negar.

—Pues entonces, ó se niega un dogma de fe, cual es la utilidad y eficacia *práctica* de las buenas obras, ó se ha de reconocer que una romería bien hecha como las nuestras, es una obra, ó mejor un conjunto de obras, de eficacia real, práctica, verdadera, positiva, como cualquier otra de las que recomienda y aplaude y bendice la Religión. Batalla es, no parada. ¿Le hallas pie cojo á este raciocinio?

—No lo tiene, á la verdad. Pero dime, por Dios: ¿no se podría hacer

lo mismo sin ese aparato de tumultuosas reuniones; sin ese ir y venir de gentes, quizá más mundanal que místico; sin esos trotes y andanzas de personas, á quienes mejor sentaría la quietud de su hogar y el recogimiento del templo? ¡Bah! Todo eso me huele á *meeting* del más subido color liberal.

—Cáustico estás, amigo mío, y me gusta esfuerces la objeción; así será más decisiva la respuesta. Quedamos en que es cierta, como de fe, la eficacia de la oración, y lo es el valor de las buenas obras hechas según enseña la Iglesia y según las hemos visto siempre practicadas en *nuestras* romerías. Ahora bien. Demos un paso más: Es también cierto que crecen el valor y mérito de esa oración y demás obras buenas cuando se hacen en colectividad y con el carácter de profesión de

fe á la faz de todo el mundo, *máxime* del mundo enemigo de Dios. ¿Niegas esto?

—Tampoco puedo negarle sin negar la autoridad de las Escrituras. Claras son las palabras varias veces dichas por el Redentor en el Santo Evangelio; claras las reclamaciones de los autores ascéticos; clara la sanción que á todo eso ha dado la Iglesia por la voz de sus Pontífices. Pero...

—¡Vaya! ¿A qué me sales ahora con peros si tú mismo acabas de cantar la palinodia? ¿Qué es ese aparato tumultuoso sino el indispensable para el ejercicio de la oración pública y colectiva, que es en la estrategia cristiana como el fuego por grandes masas (*quasi manu facta*, dijo Tertuliano), que en lo más recio de la batalla decide el éxito de ella? ¿Y qué es ese ir y venir de gentes sino la marcha natural de

los soldados de Cristo, que van á reunirse á sus respectivas banderas? ¿Y á qué invocar ahora lo del recogimiento y de la quietud, cuando lo apropiado y meritorio son aquí la actividad y el movimiento? Que guarde el soldado su fila sin salirse un milímetro de ella en día de formación, bien está: pero decirle que no se separe de ella cuando no se trata sino de dar violenta y general arremetida, es brava ocurrencia por cierto. Mucho nos gusta el recogimiento y la quietud á su tiempo, y mucho la predicamos; pero, por grata que nos sea la mística penumbra del templo, hay horas en que es bueno que al alma devota le den de lleno los rayos del sol, las brisas y los vientos, y aún todos los temporales y borrascas que en las calles y plazas se suelen levantar. Así se foguean los espíritus, como los reclutas en el

campo de instrucción; así se les pasa el encogimiento á los corazones medrosos y acobardados, dando el rostro, todo el rostro á la tempestad, desafiándola donde ruge con mayor fiereza, mostrando reírse varonilmente de ella cuando con ella se nos quiere atemorizar. Eso quisiera el enemigo, que nos mantuviésemos siempre en el silencio y oscuridad de nuestros templos; eso pretende cuando hostiliza y ataca todo acto que se quiera practicar fuera de ellos. Fácilmente se resignaría el malvado á que no saliese jamás el ejército de Cristo de sus cuarteles renunciando á toda batalla á campo raso, que es donde más le incomoda nuestra acción. Tenemos derecho, porque lo tiene Cristo, á la plaza, á la vida pública, á la ciudad y á la campiña, á ostentarnos en todo lugar y en todas las formas. Y debe bastar que nues-

tros enemigos pretendan negarnos este derecho para que nosotros mostremos más empeño en usar de él, para que no parezca que renunciamos á lo que es nuestro y es de Dios.

¿Meeting has dicho? ¡Cáspita, y cómo me ha chocado la palabrita! ¡y qué bien traída! Años ha que nuestros enemigos nos echan en cara nuestro horror á la vida moderna, y nos apostrofan porque no acabamos de entrar de lleno en ella, asegurándonos que muchas cosas nos perdonarian si les diésemos este placer. Pero da la casualidad que cuando de dicha vida moderna intentamos aprovechar algo que, bien purificado y bien exorcizado, creemos nos pueda servir, salen entonces los corifeos de la secta echándonos en cara con brutal insolencia eso mismo á que nos acaban de convidar. Publicamos un periódico. «¡Eh!

¿Y por qué ha de tener periódicos el Catolicismo? ¿No les bastan sus devocionarios?» Abrimos un Circulo ó Academia. «¿Qué provecho saca la fe de esos *jokey-clubs* de la Religión? ¿No basta el templo?» Acudimos á las elecciones. «¡Bah! ¿Y por qué ha de meterse la Religión con la política y los políticos?» ¡Ah, monstruos de mala fe! ¿Y cuándo habéis de acabar vosotros de ser mentirosos é inconsecuentes? Esto pasa en nuestro caso de hoy. Armamos una romería, y salen echándonos en rostro que parece un *meeting*. Pues qué, ¿y si quisiésemos nosotros reunirnos en público y ruidoso *meeting*, acaso no habíamos de poder?

Escúchame á propósito de esto, y voy á concluir. Cualquiera de esos fulanos que capitanean partidos y que tanto ruido suelen meter para exaltación y triunfo, no de Dios, sino de

sus importantes personas, tienen á gran gloria que se conmuevan los pueblos para hacerles obsequio, y aun suelen pagarlo con dinero de su bolsa, cuando gratis no se lo dan, y muchas veces consiguiendo a costa de sacrificios de su conciencia y dignidad. Ahora bien. Si sucediese un dia que en pro de una de esas personas se levantase en ruidosa y espléndida manifestación popular una comarca ó provincia, y se reuniesen treinta y cinco mil almas de ella aclamando á D. Fulano, vitoreándole, agasajándole y levantándole, como se dice, sobre el pavés; dime tú ahora, ¿no se tendría el tal D. Fulano por muy contento y satisfecho? ¿no llamaria á eso su triunfo? ¿no recordaria y citaria tal página como la mejor de su vida?

—Cierto que si; y ahí es nada el bombo que se daría el tal en los periódicos con esa su ovación.

—Pues bien. Treinta y cinco mil almas que se reúnen un día dado para aclamar á Cristo, y vitorear á Cristo, y declararse amigos públicos y resueltos de Cristo, y hacer obras buenas y rezos y cantos en que se da gloria á Cristo, y oír discursos en que se pregonan la fe de Cristo; todo eso ¿no lo hemos de mirar los cristianos como gran cosa y gran triunfo y gran página escrita en los anales de Cristo? Vaya, que no sé cierta clase de católicos del día donde se han dejado el sentido común.

—Me va pareciendo que no os falta razón.

—¿Qué ha de faltarme, Santo Dios, si me sobra por cualquier lado que la cosa se mire? Que se reprueben ó siquiera se miren con recelo ó desdén fiestas en que bajo el lema de Cristo ó de sus Santos no se procura más que

satisfacer la codicia y dar gusto á los tres enemigos del alma, se comprende al fin. Pues ahí verá V. En eso no se repara. Comilonas y bailoteos, zambra y bullicio, espectáculos impúdicos, y fiestas literarias ateas ó de dudoso color, confecciónase con todo eso un programa, se le pone por letrado ó reclamo el nombre de un Santo ó Santa, ó de la misma Madre de Dios. En eso no encuentra el mundo pelillos ni dificultades. Claro, como que son cosas de él. Pero que se congreguen los fieles donde les dé la gana, que vayan, vengan, recen, canten, oren, oigan Misa, escuchen sermones, den limosnas, pregonen su fe en honra de su Dios, ahí está lo malo, lo peligroso para el recogimiento, lo sospechoso de ocultas miras, lo reprobable, en fin. ¡Y eso repiten en todos los tonos los enemigos del Catolicismo! Y á eso

ayudan con sus rarezas y falsas aprensiones ciertos católicos á quienes no sé como calificar, pero que tienen la desgracia de encontrarse casi siempre de igual parecer con los enemigos del Catolicismo y en disidencia siempre con sus más fervorosos amigos!!!

—Basta, basta, que me rindo al peso de tan contundente razonamiento.

—¡Gracias á Dios! ¡y quedasen así rendidos y despreocupados al fin todos los que lo necesitan!

A. M. D. G.

político-religiosos, publicados en distintas épocas y periódicos, y precedidos de un discurso preliminar sobre el Periodismo y la Propaganda; el VI, el Liberalismo es pecado, el Apostolado seglar, Masonismo y Catolicismo, y varias Conferencias, el VII, Nuevos opúsculos; el VIII, Varios artículos de permanente interés para la controversia de nuestros días.

Forma cada uno de estos ocho tomos un volumen en 4.º, con tipos elzevirianos, iniciales y viñetas de adorno, y hermosa encuadernación con plancha hecha á propósito. Cada tomo, 4 ptas. en rústica, y 6 lujosamente encuadernado en tela con plancha dorada. La colección de los ocho tomos publicados, 32 ptas. en rústica, y 48 en tela. Tomando diez ejemplares se dan dos gratis en rústica, ó uno si son encuadernados. En preparación el tomo IX. Puede remitirse el importe en letra de fácil cobro, libranza ó sellos de franqueo, certificando en este caso la carta.

Dirigirse á D. Miguel Casals, *Libreria y Tipografía Católica*, calle del Pino, 5, Barcelona.

LECCIONES DE TEOLOGIA POPULAR

por el mismo Autor.

- 1 La Biblia y el pueblo: El pueblo y el sacerdote.—A 6 cénts.
- 2 Ayunos y abstinencias: La Bula.—A 6 id.
- 3 El matrimonio civil.—A 9 id.
- 4 El Concilio: La Iglesia: La Infalibilidad.—A 9 id.
- 5 El purgatorio y los sufragios.—A 8 id.
- 6 El culto de San José.—A 5 id.
- 7 El culto de María.—A 8 id.
- 8 El Protestantismo, de dónde viene y á dónde va.—A 20 id.
- 9 El culto é invocación de los Santos.—A 8 id.
- 10 Efectos canónicos del matrimonio civil.—A 10 id.
- 11 Misterio de la Inmaculada Concepción.—A 6 id.
- 12 El púlpito y el confesonario.—A 13 id.
- 13 El Padre nuestro.—A 15 id.
- 14 Las penas del infierno.—A 15 id.
- 15 La gloria del cielo.—A 15 id.

Por cada diez ejemplares que se tomen de estas obritas se dan dos gratis.

Para los pedidos dirigirse á D. Miguel Calsals, *Librería y Tipografía Católica*, Pino, 5, Barcelona.

TIPOGRAFÍA CATÓLICA, Pino 5, Barcelona.—1899.